



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 2 | Octubre 2020

Un día en la vida

Manuel Álvarez ¹

matronge@gmail.com

¹ Abogado, escritor y da talleres literarios. Además, desde que empezó la pandemia, hace el newsletter "Un día en la vida". Ahí entrelaza recomendaciones de música, cine y libros para sobrevivir a este año hostil. Le damos la bienvenida a Revista Canoa. Instagram: @mtronge

Ya sé, creo que entramos en una en donde ya ni esperamos a los tártaros. Para levantar, les dejo [este temazo](#) de Ubicación en Tiempo Real, el gran disco que sacó Barbi Recanati este año, una aplanadora.

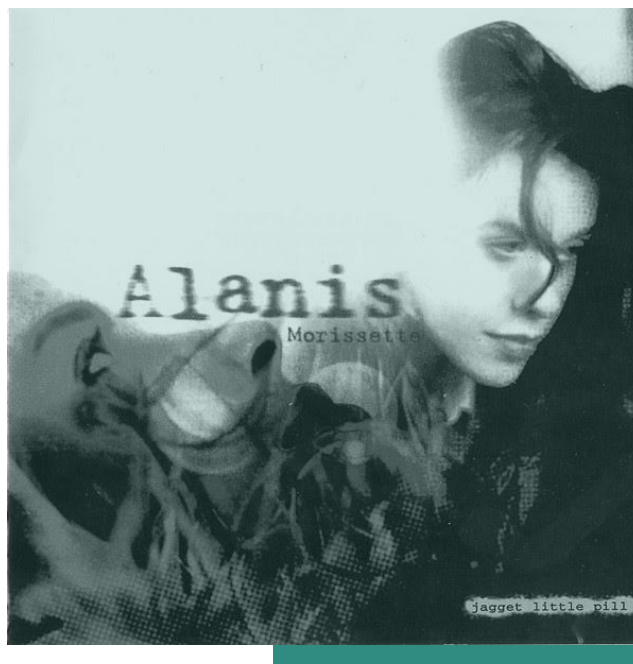
También voy a dejar por acá [este temón](#) de Alanis Morissette, de este discazo que nos educó sentimentalmente a los que crecimos en los noventa. Sobre esta canción hay [un capítulo](#) muy genial de Curb Your Enthusiasm en donde Larry David se entera de boca de la propia Alanis quién es el que debería saber.

En fin, hace algunas semanas fue el día de la madre y me pareció atinado hablar de madres e hijas, pero enfocándonos en relaciones más complejas no en las Gilmore Girls (como dirían Jerry y George: not that ther's anything wrong with that).

Ahí vamos.

Inocencia interrumpida

Arranquemos hablando de La Débil Mental, la novela salvaje de Ariana Hardwicz que publicó Mardulce allá por el 2014. Una novela que vino a confirmar lo que en Matate, Amor (novela con la que La Débil Mental está íntimamente ligada) se intuía: que la de Harwicz es una voz diferente. La novela habla de la relación violenta, destructiva, de una madre y su hija adolescente. Una madre que quiere que su hija madure, se haga mujer, se convierta un poco en ella, a la que malcrió, a la que anticrió. Las dos viven como marginales, como animales, y comparten gustos (el whisky, la ruta, el sexo) y, sobre todo, odios (los hombres, ellas, el mundo). Son, en definitiva, mujeres que patean piedras en el medio del camino.



Algo importante. Está narrada en presente, en primera, por esa hija imbuida de deseo sexual que descarga esa pulsión a través de un monólogo interior desenfrenado, desquiciado (está en su cabeza pero se lee como gritos), que, por momentos, se confunde: no se sabe si es fantasía o realidad, no se sabe tampoco quién habla. ¿Cuándo habla la hija y cuando habla la madre? “Yo te parí, pero vos me podrías haber parido a mí”, dice la madre, y tiene razón, al mejor estilo Kristof (con la que, ahora que pienso, la obra de Harwicz dialoga), acá también las dos podrían ser una misma persona.



Quiero decirles que la primera vez que la leí fue porque me la regaló mi amiga Silvina, es decir, no la busqué, me llegó, lo cual siempre es bueno. En esa primera lectura algo me hizo ruido, no me gustó de entrada, me corrijo, no es que no me gustó, me expulsó. Una advertencia: esta es una novela que no tiene páginas de transición, es pura intensidad y eso, a veces, puede asfixiar. Eso me pasó, me asfixió. Pero después entendí que eso es justamente lo que Harwicz busca: mostrar, por medio del lenguaje, el horror de la condición humana. Y, spoiler alert, lo consigue.

“No vengo de ningún lado. El mundo es una cueva, un corazón de piedra que aplasta, un vértigo plano”. Así arranca y eso marca el tono tan poético como filosófico, esto último es adrede, su prosa funciona como un puñal que entra y sale, que desarma y sangra. La novela es oscura, perturbadora, por lo que cuenta (esa relación de desprecio y locura), y, especialmente, por cómo lo cuenta. En Harwicz, el lenguaje no invita: desafía.

Estructura. Es una novela corta (101 páginas para ser exactos) que está hecha de fragmentos de memoria, de imágenes, de momentos breves (no más de

dos páginas), que se unen a partir de los cortes (el espacio funciona así); es decir, no es un relato continuo, sino, más bien, un relato que, como la inocencia, se interrumpe. Todo el tiempo se interrumpe.

Pienso en las novelas que tienen como tema la relación madre hija casi como un género en sí mismo. Digo, en literatura, esa relación tan visceral, tan enigmática, es un tema que dio grandes libros, el primero que me viene a la cabeza es Apegos Feroces, de Vivian Gornick, pero también están los de Ferrante, Hustvedt o Schrobsdorff o más acá (me refiero en tiempo y en espacio) La sal, de Adriana Riva.

Esta novela de Harwicz entra en ese lote pero, creo, va más allá. Es otra cosa. La relación que narra no es solamente una narración cruda, contradictoria (de amor y odio), es, lisa y llanamente, una relación de destrucción (“¿Alguien desearía tanto algo como para destruirlo?”), donde se busca, literalmente, que explote todo.

¿Por qué La débil mental? Porque es una novela provocadora, incómoda, que aborda un tema clásico y lo da vuelta para mostrar que el horror está en nosotros.

Dato: el año pasado una adaptación de la novela fue llevada al teatro en el Rojas.

Nacida para correr

Ya que estamos hablando de relaciones complejas entre madres e hijas me pareció que podíamos hablar de Lady Bird, la primera película en solitario de Greta Gerwig, una película hermosa que salió por el 2017 y que, me enteré hace poco, tiene mucho de autobiográfico (un dato que, en realidad, no sirve de nada).

¿De qué va? La película cuenta la historia de Christine, perdón, Lady Bird (el nombre que se puso y como se hace llamar), una adolescente que, en el 2002, está en el último año de su colegio católico y lo único que quiere es escapar de su ciudad natal: Sacramento. Bueno, también, como todo adolescente, quiere vivir a pleno su juventud sin responsabilidades. Ahí es

donde entra la madre, la autoridad de la casa, la persona que le pone límites o, por lo menos, intenta hacerlo.

Es una película que trabaja dos ejes que se cruzan todo el tiempo. Por un lado, la relación madre e hija (supremas Ronan y Metcalf), la tensión de esa relación de amor y odio. Por el otro, la emancipación, el salto a la madurez (el famoso coming on age), acá entra el descubrimiento sexual, las ganas de escapar, etc.



El comienzo. Recién hablé del salto a la madurez y hay una escena muy gráfica de esto al principio. La película empieza con una discusión en el auto entre madre e hija, en realidad, primero lloran, se ríen y después viene la discusión en donde la madre realista le dice a la hija idealista que no sueñe con irse a Nueva York, básicamente que a ella no le da para irse allá, a una buena universidad. Lady Bird se enoja, abre la puerta y salta del auto. Bueno, el salto de la adolescencia a la madurez es tan abrupto como el salto del auto de Lady Bird.

Si bien por ese arranque da la impresión de que la película puede ir por el lado del absurdo, Gerwig la encarrila en un verosímil absoluto, un realismo duro, como el de la madre, que se alimenta del humor y el drama en la misma

proporción. Ojo, si bien tiene mucho de comedia no es una película que se ría de los problemas de la adolescente (encontrarse es un problema como el de la guita que tiene la madre o la depresión del padre). Y creo que es justamente esa adolescencia lo que hace que la película nos toque de cerca: todos fuimos adolescentes, todos nos reconocemos en la situación de Lady Bird, digo, pelearse con los viejos, querer irse a la mierda, hacer boludeces, son cosas que vienen con el carnet de adolescente. Es difícil no empatizar con eso.

Me parece que es una película que surfea el cliché que le da el marco (último año escolar, divinas vs. populares, fiestas, amor adolescente, etc.) con la singularidad de la protagonista, así se sale del lugar común: mostrándola real, sin edulcorar, digamos. Todo lo otro está ahí, pero de una manera diferente, no es lo que importa, es decorado, como diría Moria. Lo que importa es lo que transmite esa adolescente que se está buscando, que está intentando encontrar su lugar. De eso se trata la madurez, ¿no?

Y mientras lo intenta, choca siempre con la pared de su vieja (aunque sus sermones no tengan ningún poder sobre ella). Una cosa: así como es una carga tener una madre que espera mucho de vos, también los es -esto la película lo muestra perfecto- tener una madre que espera poco, o que hace creer que espera poco. Mejor digámoslo así: todas las expectativas de la madre para Lady Bird son algo que Lady Bird está dejando atrás, pero que la madre siempre tendrá y, aunque le cueste, tiene que escapar.

Una gran escena en donde la hija logra verbalizar esto que digo. Lady Bird se está probando vestidos. Después de probarse un par, sale, se ve en el espejo en su vestido rosa, se siente linda y le pregunta a la mamá qué le parece y ella le pone cara de asco, le pregunta si no le parece demasiado rosa. ¿No podés decirme que me veo linda?, le pregunta ella antes de meterse en el probador. Y la madre, que parece estar siempre decepcionada por su hija, da vueltas y le dice que lo que quiere es que sea su mejor versión posible. Lady Bird abre la puerta, la mira y le dice: ¿y si esta es mi mejor versión?



Otra cosa. Es una película en donde importa más el diálogo que la trama, la palabra dicha pesa. Algo irónico si tenemos en cuenta en que justamente entre madre e hija no se pueden comunicar y si lo hacen suele ser a los gritos, para lastimarse. Esto se intensifica cuando Lady Bird le dice que consiguió un préstamo y se va, algo que la madre no puede procesar: no le habla, no puede ni escribirle una carta (sí, se invierten los roles, ahora es ella la adolescente). Como me dijo mi amiga Mili: cuando va a haber una ruptura te permitís decir o hacer ciertas cosas que quizá sin ese horizonte no se diría o harían.

En eso, creo, resalta la mano de Gerwig, que entiende y respeta a sus personajes aun en el error (tanto a Lady Bird como a la madre), no los juzga ni los caricaturiza. En ese sentido, es una película honesta, que toma eso que también estaba en el libro aunque de una manera distinta (lo que en el libro es destrucción acá es desencuentro), me refiero a la idea de que cada una es un poco como su madre pero diferente (esto está bien mostrado en esa escena que alterna entre madre e hija manejando por Sacramento).

Último. Algo muy logrado es el uso de la ficción del nombre. Ahora que pienso, y aprovechando que en la peli aparece Timothy Chalamet (como diría

Mugatu: he is so hot right now), la película podría tranquilamente titularse: Llamame por mi nombre. A lo que voy es que Lady bird se pasa toda la película diciendo que su nombre es, justamente, Lady Bird, nombrándose



así, cuestionando los símbolos. Para citar a la Julieta de Shakespeare: "¿Por qué soy ese nombre?". Pero cuando llega a Nueva York, su lugar soñado, lejos de la familia, bueno, a la primera pregunta por su nombre responde: Christine, el nombre dado.

¿Por qué Lady Bird? Porque es una película realista que aborda un tema complejo de una manera sensible. Y es sensible porque, como Lady Bird con Sacramento, le presta atención a los sentimientos. Dato: en la peli, que tiene muy buen soundtrack, suena una canción de Alanis, otra del mismo disco que está arriba, [esta](#). Y sí, a Alanis la escucha la hija y también la madre.